

AMANDO DE MIGUEL, LA LENGUA Y LOS LINGÜISTAS

José Miguel Hernández Terrés *

Facultad de Letras.
Universidad de Murcia

Resumen: En esta colaboración de carácter más bien ensayístico fijamos nuestra atención en las colaboraciones periodísticas del sociólogo Amando de Miguel que versan sobre cuestiones lingüísticas. Buscamos sus motivaciones, sus temas, su función sociocultural, y terminados proyectando esta actividad periodística sobre la Lingüística actual en España.

Abstract: In this work we intend to highlight the linguistics issues that appear in sociologist Amando de Miguel's newspaper articles. We search his motivations, his subjects, his sociocultural function and we finish trying to relate this journalistic reflections with current topics in Spanish Linguistics.

La personalidad intelectual y pública del profesor Amando de Miguel es de sobra conocida en diversos ámbitos de la sociedad española y más allá de ésta. Conocido es, por otra parte, el particular interés de Amando de Miguel por las cuestiones lingüísticas: autor de tres libros *La perversión del lenguaje* (1985), *El idioma español* (2002) y *La lengua viva: polémicas apasionadas sobre el idioma* (2005), y un sinfín de artículos periodísticos, de contenido muy diverso, pero que giran en torno a un número de temas que, en su mayoría, podrían encajar en alguno de los diversos espacios propios de la Sociolingüística. Hasta tal punto el interés del autor por el lenguaje es notable que tras su jubilación como catedrático de sociología de la Universidad Complutense, ha anunciado su incorporación a la Universidad de San Antonio (Texas), como profesor de lingüística.

* **Dirección para correspondencia:** Facultad de Letras, Univ. de Murcia. Santo Cristo 1, 30071, Murcia. Tfno. 968363269.

Estos simples hechos, por sí mismos, pueden justificar la conveniencia de que la Lingüística que podríamos llamar oficial, es decir, los lingüistas de profesión de toda la vida, nos acerquemos a la producción lingüística de D. Amando para conocerla y valorarla en su justa medida. Tal objetivo es evidente que sobrepasa los límites impuestos a este trabajo por razones obvias. En nuestro caso nos limitaremos a tratar de identificar los temas o asuntos lingüísticos de los que se ocupa nuestro autor, la perspectiva que adopta ante ellos, y, por último, ponderaremos el valor que puedan tener tales aportaciones para una mejor comprensión de los fenómenos lingüísticos; aportaciones que a nuestra comunidad científica se nos presentan como venidas de fuera y en un medio y formato que no es el propio de la comunicación científica ordinaria, pero no por ello desdeñable, como veremos a continuación.

¿De qué habla Amando de Miguel a propósito del lenguaje y las lenguas?

Quizá la primera característica que deba destacarse de la aportación de Amando de Miguel al mundo de la reflexión lingüística sea no tanto los contenidos, sino el medio en el que aparecen sus reflexiones. La prensa es el lugar, como se sabe, donde el autor ha ido vertiendo sus reflexiones sobre una gran variedad de cuestiones lingüísticas. De momento, y dadas las dimensiones que ha de tener este trabajo, necesariamente limitadas, consideraremos los artículos publicados en *Libertad Digital* desde el año 2000. En este periódico cibernético D. Amando comenzó sus colaboraciones en la sección de Opinión con la serie de artículos titulada *Letras y números*. Se trataba entonces de cortas y concisas reflexiones de la vida ordinaria en sociedad, y entre las cuales algunas de estas tenían que ver con cuestiones lingüísticas, como por ejemplo el aparecido el 20 de diciembre de 2000, que por su parquedad reproducimos a continuación:

Hay una parte de la frase escrita tan engorrosa como útil: los demostrativos. Conviene apuntar unas reglas sencillas. Lo fundamental, utilizarlos con parsimonia. Si acaso valga el “este” y el “ese”, con sus femeninos y sus plurales. El “aquel” ni mentarlo; casi siempre es confuso. Desde luego, es mejor no acentuar ninguna de las tres formas. La distinción entre el “este” y el “ese” es sutilísima. La decisión más práctica es asignar el “ese” para el último nombre que se acaba de mencionar. El “este” se reservará para el nombre que vaya a continuación. Así la cosa estará más clara (Libertad Digital, 20.12.00)

Como vemos, se trata de una breve reflexión que tiene la naturaleza de lo que podríamos llamar una clara y contundente clase de Lingüística Aplicada, en la que el autor aconseja una salida práctica para la cuestión de las vacilaciones en el uso de los demostrativos. Otras de estas breves reflexiones de *Letras y números* tratan ya temas socioculturales en los que los usos lingüísticos se ven afectados, como ocurre en el publicado con el título “La tontería del género”, donde de forma fulminante arremete contra el puritanismo subyacente en el uso de la expresión “agresiones de género”:

Tenia que llegar. Empezó siendo una pedantería académica y feminista. El mal se ha hecho epidemia. Acabo de escuchar, consternado, al jefe del PSOE. Sin un pestañeo de sus hermosos ojos claros, serenos, ha espetado lo de las “agresiones

de género”. Se refiere a las sexuales, claro. El hecho de que el marido pegue a la mujer, y no digamos si la viola, es una clara degeneración sexual. ¿Por qué entonces la tontería del “género”? Cunde el nuevo puritanismo de la izquierda púdica. No se puede mencionar el sexo. Ni siquiera debe haber palabras masculinas que abarquen a los dos sexos. (Libertad Digital, 3.12.00)

A partir del 4 de febrero de 2002, la colaboración de Amando de Miguel en *Libertad Digital* cambia de título y de extensión. Este día parece un artículo algo más extenso que los de la serie anterior, y en el que se da la explicación del cambio de orientación de sus colaboraciones. La motivación del cambio de orientación es esencialmente lingüística. De la inmensa variedad de temas de interés social que venía tratando en la etapa anterior, resulta que, por lo que cabe deducir de las mismas palabras del autor, es el tratamiento de las cuestiones lingüísticas el asunto que ha suscitado un particular interés entre los lectores, sobre todo las que se refieren a errores o transgresiones de la norma académica, usos dudosos y cuestiones por el estilo. Esto anima al lector a imprimir a sus colaboraciones un sesgo distinto y particular: el tema central será en adelante el de los usos lingüísticos, en sus más variadas vertientes:

Me llaman muchos lectores con el comentario doliente sobre los hachazos que recibe la lengua común en los escritos que se publican. Me invitan a que muestre yo aquí algunos de esos errores, erratas y dislates. La idea es que la picota digital pueda servir de disuasión para ulteriores tentaciones de machacar el idioma que nos une. Es nuestro capital invisible y no es cuestión de dilapidarlo. Así que agradezco las sugerencias que puedan enviarme los lectores para esta nueva seccioncilla que hoy inauguro. Se propone instruir deleitando. No interesan tanto las divertidas erratas mecánicas como los errores de forma y contenido. Unas veces tendrán dueño conocido y otras serán mostrencas. Este museo abrirá sus salas en días alternos. Entre medias iré recolectando las muestras dignas de ser expuestas a la curiosidad del público. Espero que los lectores me echen una mano en el trabajo de campo. Debo advertir que el propósito central de este museillo no es el de reconvenir lo que pueda resultar censurable. Eso se hará cuando convenga, pero el asunto primordial es el de disfrutar con las piezas aquí encontradas y clasificadas. No es razonable pensar que, si una palabra no está en el Diccionario oficial, no está en el mundo. Es más, el uso bien fundado sirve a veces para corregir el Diccionario. (Libertad Digital, 4.2.02)

Como decimos, de forma continuada ya el autor se ocupa en sus colaboraciones de las cuestiones lingüísticas. Ahora podemos concretar, aunque sea parcialmente, aquellos temas que interesan al profesor articulista. Abundan sobre otros temas las cuestiones sobre propiedad léxica, como ocurre en el aparecido el 17 de abril de 2002 con el título “No hay que perder la ratio”:

Leo en un editorial de El Mundo (7-IV-02) que el Gobierno se propone “conseguir un ratio de hasta 15 alumnos por clase”. Supongo que de esa forma se podrá enseñar

a los alumnos que ratio es palabra femenina, como lo es su traducción cabal, la razón. En español siempre hemos llamado razón o cociente el resultado de dividir un número por otro. Lo de ratio procede ahora del inglés, de la pedantería anglicana de recurrir a cultismos latinos. Los hispanoparlantes no necesitamos esa importación indirecta, pues ya tenemos razón. No decimos “uso de la ratio” sino “uso de la razón”. En todo caso, admítase ratio si se quiere participar del lenguaje técnico común al mundo de habla inglesa. Pero, por favor, dígase la ratio, no el ratio. Es lo que aconseja el Diccionario, permite la Historia y justifica la razón, ahora como facultad para entender las cosas. Tampoco es un desvío ocasional el que figura en el editorial citado. Lo de decir “el ratio” es común a los economistas, periodistas y otros profesionales. Espero que tengan perdón en la otra vida. En esta no han de pasar sin que yo les lea la cartilla, operación incruenta y hasta benévola. (Libertad Digital, 4.2.02).

En el mismo sentido de usos viciados está el dedicado a los eufemismos de 13 de marzo de 2002:

Si bien se mira, el proceso de formación de una lengua consiste en ir designando nombres por analogía. Fundamentalmente se trata de metáforas o comparaciones y eufemismos o palabras endulzadas. Lo que ocurre es que ese proceso natural a veces chirría, esto es, se produce con brusquedad, sin la música adecuada. Pondré algún ejemplo de la realidad actual. Estuve el otro día en la Universidad de Bellaterra, donde yo profesé algunos años cuando se fundó ese centro. Grandes cambios, como es natural, también de lenguaje. En la entrada de la Facultad hay una garita para los bedeles, donde guardan sus pertenencias y están de cháchara hasta que se les requiere para algún servicio. La garita lleva un título impresionante. Nada de “portería”, “conserjería” o títulos análogos. Ni siquiera “mantenimiento”. Allí figura con todo el orgullo laboral: “Suport logístic”. Eso es un eufemismo. Los bedeles u ordenanzas del futuro serán, pues, “asesores logísticos” o algo así.

Hace unos días hemos asistido a esa comedia de enredo por la que el tribunal de tres jueces ponía en libertad provisional a un narcotraficante. Eso era días antes del juicio por el que se le pedían no sé cuántos decenios de cárcel y muchísimos millones de pesetas de multa. Naturalmente, el narcotraficante desapareció. Pues bien, a los tres randas no se les juzga por “provocación”, que sería lo suyo, sino por “desatención de sus funciones”. (De los periódicos, 27-II-02). He aquí otro donoso eufemismo que creará escuela. (Libertad Digital, 13.3.02)

Especialmente agudo nos ha parecido el que se refiere al uso calificado como vulgar del término *descambiar*:

Hay que ser humildes; el idioma lo hace el pueblo. Bien es verdad que en ocasiones también lo destroza. Hay un verbo coloquial que a mí me fascina: “descambiar”. Las personas que presumen de leídas arguyen que se trata de un vulgarismo, de un

*error. Según ellas, habría que decir “cambiar”. Pues no, señor. Cuando uno realiza una compra está cambiando su dinero por el artículo deseado. Estamos ante un cambio, un intercambio comercial. Pero luego, ese mismo comprador advierte que el artículo adquirido no es de su agrado o tiene algún defectillo. En cuyo caso acude otra vez al comercio y pide que le devuelvan su dinero después de devolver el artículo en cuestión. Es evidente que esa segunda operación consiste no tanto en cambiar como en descambiar. Por esta vez el vulgarismo tiene razón. No la tienen los que consideran que esa es una expresión barriobajera o por lo menos retorcida. No puede haber una economía comercial sana sin el derecho a descambiar las compras inadecuadas. Queda destronado el principio latino de *caveat emptor* (el comprador debe andar con cuidado porque las compras no pueden deshacerse). (Libertad Digital, 6.9.02)*

Otro temas recurrente en *Errores y erratas* fue el de los errores fónico-gramaticales en sentido estricto propios del habla, y del que tenemos ejemplos en artículos como el titulado “Solecismos fónicos”:

Me llega un “emilio” de una asidua oyente de “La linterna”. Nos reprocha que en la tertulia a veces deslizamos expresiones “que dañan al oído”, como “y incluso”. No me extrañaría que yo también hubiera cometido ese dislate. Tiene su explicación. La conversación de la tertulia es espontánea, relajada. Por ejemplo, uno va a decir “catalanes y vascos”, pero, para remachar, acaba metiendo un “incluso” con lo que queda el disparate “catalanes y incluso vascos”. Digamos que es un solecismo fónico, al igual que “el atentado de el terrorista”. No se hace la contracción porque va uno deprisa y el pensamiento va delante de las palabras. No justifico nada, pero sí trato de explicarlo. Por lo general, el lenguaje hablado y espontáneo tolera ciertos devaneos con las normas gramaticales que no se deben pasar en la parla más seria. Por ejemplo, en una tertulia yo puedo decir tranquilamente “el abogado del Estao”, lo que sería menos disculpable en una conferencia e imperdonable en un escrito, aunque fuera un “emilio”.

Paso por alto la última frase de nuestra amable oyente y comunicante por vía electrónica: “Exceptuando este pequeño detalle, felicitarles por el programa, que aparte de ameno, resulta educativo”. Muchas gracias. Tan educativo intenta ser que reiteramos lo del “infinitivo radiofónico”, en este caso, ese “felicitarles” que no se sabe de qué sujeto depende. ¿No sería mejor decir “les felicito”? Vaya, tampoco hace mal a nadie el “infinitivo radiofónico”. Después de todo, es una manía que proviene de los que hablamos por la radio a troche y moche. (Libertad Digital, 4.4.02)

Al mismo tema de los errores gramaticales pertenece el referido al uso de los artículos en los nombres propios:

*Veo en *El Mundo* (21-II-02) una pintada en el País Vasco: “ETA tortura como en dictadura”. Para mí que le faltan los artículos: “La ETA tortura como en la dictadura”. En el caso de la pintada, claramente antiterrorista, se ha dejado influir por la*

soterrada influencia del vascuence, lengua que carece de artículos. En el castellano son necesarios. Si decimos “el IRA” o “la OLP”, no sé por qué hay que referirse a “ETA” sin artículo. A mí me gusta mucho el dialecto madrileño que exagera incluso el uso del artículo. Así, se dice Paseo de la Castellana, Plaza de la Cibeles o José María el Tempranillo. Me parece muy bien, a pesar de los gramáticos. Por lo mismo, prefiero decir la Argentina, el Japón o los Estados Unidos, por lo menos de vez en cuando. (Libertad Digital, 7.3.02)

O los que llevan como título “El temor al dequeísmo” (. (Libertad Digital, 6.2.02), o “Singular y plural”. (Libertad Digital, 17.3.02).

A veces las reflexiones se centran en cuestiones estilísticas, de las que tenemos agudas muestras en el aparecido el 17 de mayo de 2002 con el título El abuso del superlativo:

El uso del comparativo y el superlativo es quizá un resto infantil, pues los niños suelen aprender las nuevas realidades como contraste con las ya conocidas. “Más grande” y “más pequeño” son locuciones típicamente infantiles. En algunas lenguas el “abuelo” se designa con la forma “padre grande”.

No voy a dudar de la gran utilidad que para el habla supone el recurso de los comparativos y superlativos. El problema está, como siempre, en el abuso. Obsérvese que, al referirse a los niños, muchas veces se dice ahora “los más pequeños”. No se trata de los bebés sino de los niños en general. Lo de “pobres” está un poco gastado, así que se recurre a “los más pobres”. Lo peor es cuando se alude a los viejos como “los más mayores”. Entramos en el territorio del ñoñismo. Bastante tonto es lo de llamar “mayores” a los viejos, pero ese uso ya se halla establecido.

Antes se decía “países civilizados” y todos se entendían. Hoy se designa un cabalístico G-7, esto es, el grupo de los siete países más ricos. El Gobierno español quiere que se amplíe al G-12 para que entre España en la comparación. Así llegaremos pronto al G-50. (Libertad Digital, 17.5.02).

Y del mismo tenor de reflexiones estilísticas son “La cosa es alargar lo dicho” (Libertad Digital, 12.5.02), “espere un segundín” (Libertad Digital, 29.5.02), “El epíteto” (Libertad Digital, 19.6.02).

La concepción general que Amando de Miguel tiene sobre todos estos temas la podemos ver en sus propias palabras en dos de estas colaboraciones, las tituladas “Las incorrecciones del lenguaje” y “El español vivo”. En la primera de ellas leemos:

Aunque a veces pongo ejemplos de los medios de comunicación, el hablar o escribir de forma incorrecta es bastante general. Quien tiene boca se equivoca, dice la sabiduría popular. Lo fundamental no es tanto equivocarse como ser sensibles al principio de que hay que eliminar errores. Es una norma de conducta que sirve para otras muchas acciones, desde la tarea científica hasta cualquier otra dedicación profesional. Así pues, las incorrecciones que aquí se estampan vienen a ser más bien un recordatorio de los errores que debemos evitar. No es un afán perfeccionista lo que

me anima a estos avisos. Es más bien la idea de que el idioma común de los españoles e hispanoamericanos es el patrimonio más valioso que tenemos.

Por otra parte, las leyes de la corrección léxica no son como las de la gravedad o la termodinámica. Es decir, admiten variaciones de tiempo y lugar; muchas veces son cuestión opinable. Hay errores imperdonables, pero otras veces se trata de versiones mejores o peores. Al final, todo depende del oído, de la costumbre. El idioma se hizo para el hombre, no el hombre para el idioma. (Libertad Digital, 26.7.02).

Y en la segunda, leemos:

Reconozco que en esta seccioncilla me paso de purista. Nada menos que me atrevo a decir lo que está bien o mal cuando utilizamos la lengua en la que el pueblo suele hablar a su vecino. Pero el idioma es cambiante. Los errores de hoy son la norma mañana. La cuestión está en aceptar la legitimidad de los que se adelantan al cambio. Por ejemplo, en las noticias de la radio oigo que Ana Palacio dice “espúreo” (en lugar de espurio como quiere el diccionario y la lógica). A continuación, introducen una cuña de Chaves, el de Andalucía, quien, con su característica lengua de trapo, dice “preveer”. Es un verbo inexistente en castellano, pero puede inventarse. ¿No existe “proveer”? Así que me arrepiento de mis exquisiteces léxicas. A partir de ahora, hay que preveer que lo espúreo no nos amilane. Tengo que recordar aquella estupenda frase que Ortega y Gasset dejó prendida en una de sus últimas conferencias. Vino a decir: “Los lingüistas, acaso son, después de los aviadores, los hombres menos dispuestos a asustarse de cosa alguna”. Bueno, los lingüistas aficionados todavía se asustan menos. Estoy dispuesto a creer que en la próxima edición del diccionario, se admitirán las voces dichas, espúreo y preveer.

Más tarde, el 9 de diciembre de 2004, el autor define claramente la perspectiva desde la que enjuicia los hechos de habla:

No soy un gramático. Por tanto, no se espere de mí que dictamine cuál es el lenguaje correcto desde el punto de vista normativo. Pero soy lector, escritor y profesor; lo que me faculta para opinar lo que me suena mal de lo que oigo o leo. Apenas me da tiempo a contestar telegramáticamente a la gavilla de “emilios” que recibo todos los días. Dios bendiga a mis “emilianos”. (Libertad Digital, 9.12.04).

Una especial sensibilidad para la corrección lingüística, en un sentido no academicista, es decir, no envarado por la norma, sino atento a la propiedad, al cambio razonable, sustentado un amor noble a la propia lengua, pero consciente de que ésta, como cualquier otra, vive sometida al cambio necesario según los avatares de la historia, comprensivo con los errores pero avivando la conciencia de que es necesario aspirar a la mejoría también es esto del uso de la lengua; sensible a la diversidad lingüística, pero razonable cuando se trata de defender el principio superior de la mejor intercomprensión, la universalidad del español, su rica historia cultural, etc.

A partir del 9 de mayo de 2005, la colaboración de Amando de Miguel en L.D. cambia de forma significativamente. Pasa a llamarse *La lengua viva*. Desde hacía algún tiempo, la invitación de D. amando a participar con él en las reflexiones sobre hechos concretos del habla establecida, venía teniendo un particular éxito. De contar sólo con el juicio del autor sobre las cuestiones que él mismo iba suscitando día a día a propósito de errores gramaticales, imprecisiones léxicas, cambios semánticos, innovaciones léxicas, política y planificación lingüística, origen de las palabras, etc. Se había pasado ya a que su colaboración periodística fuera ya una especie de debate público a propósito de todas estas cuestiones. Debate del que D. Amando da cuenta por escrito y del que se presenta como moderador, o, mejor, como moderador cualificado y autorizado en la materia. Los temas genéricos siguen siendo los mismos; las cuestiones puntuales de cada ámbito temático cambian en cuanto al hecho concreto considerado, la opinión recibida de algún lector, el acontecimiento público del momento que motiva el comentario, etc.

Llegados a este punto parecen oportunas algunas reflexiones desde diferentes ángulos. En primer lugar, la trayectoria de las colaboraciones de D. Amando que estamos considerando hace pensar inmediatamente en un fenómeno que los lingüistas conocemos desde siempre, y del que aquí tenemos una manifestación palmaria y podríamos decir casi corifea. Me refiero a la capacidad del hablante para interrogarse de mil maneras posibles sobre su lengua e incluso, a veces, sobre el lenguaje en general. Es lo que Hockett llamó en su momento reflexividad y R. Jakobson Función metalingüística. Claro que, como es sabido, la reflexividad, al ser una característica esencial del ser humano va desde la simple pregunta que se puede hacer una persona absolutamente iletrada sobre el significado de una palabra hasta las reflexiones populares sobre cualquier tipo de cuestión lingüística (dejando a un lado la práctica científica que nos sitúa en otros niveles metalingüísticos).

Los artículos de Amando de Miguel parecen ser un claro reflejo de esto último que decimos. Un determinado sector de lectores es especialmente sensible a las cuestiones lingüísticas. Les preocupa el significado de las palabras, evalúan la calidad idiomática de los personajes públicos, quieren conocer la motivación de las denominaciones lingüísticas, sienten a veces en sus propias carnes y son muy sensibles a la planificación de los usos lingüísticos por parte de la autoridad más o menos competente para esto, y opinan sobre ello, etc. Y esto nos parece un fenómeno especialmente interesante en los tiempos que vivimos. A menudo filólogos y lingüistas tomamos poco en serio el interés neófito o aficionado por las cuestiones lingüísticas, pues las mismas están cargadas de inexactitudes, valoraciones impresionistas, cuando no se presentan pretendidamente cargadas de autoridad. Más allá de esto hay que reconocer que todas son un incipiente acto de reflexión sobre un elemento esencialmente humano: el lenguaje, y como tal merece todo el respeto, como debe merecerlo toda mirada del hombre sobre su propia conciencia, de donde debe nacer todo impulso de mejoramiento en todos los órdenes, y también en el lingüístico. No todo está perdido si los ciudadanos de a pie, cada vez en mayor medida, agudizan sus juicios sobre el lenguaje, debaten, piden aclaraciones, buscan consejo, etc., ya sea en tribunas públicas como la mantenida por Amando de Miguel, o por otros medios y procedimiento. ¡Cuan deseable sería que el ciudadano indagara con sincero interés sobre las cuestiones lingüísticas de su vida ordinaria! Entonces podría recuperarse el criterio de autoridad en la materia razonablemente entendido según

el momento histórico actual; entonces quizá este debate guiado podría ayudar a formar un juicio generalizado y razonable sobre la cuestión de la diversidad lingüística de España, por ejemplo, y en el que las diferentes tensiones, a menudo irracionales y sólo apasionadas, se vieran atemperadas por conocimientos históricos de los hechos, por el principio de respeto y admiración por la cultura desarrollada en diversas lenguas, y por la búsqueda común de una sincera convivencia pacífica en la que fuera más importante facilitar al otro la intercomunicabilidad que cualquier otro motivo; entonces las personas, o un grupo cada vez más amplio de ellas, buscaría la palabra más adecuada, más precisa para hacerse entender mejor en su intercambio comunicativo ordinario. Pocos foros públicos hay para estas cuestiones; y sin duda, las colaboraciones periodísticas de Amando de Miguel han terminado siendo uno de ellos, quizá el de mayor alcance por la participación, aunque no lo sea por la difusión, dado el carácter creemos que todavía minoritario de este soporte periodístico que es el digital.

Y una última reflexión, en este caso *ad intra*, es decir, dirigida hacia la propia comunidad científica de los lingüistas. El hecho de que el debate popular sobre las cuestiones lingüísticas haya sido suscitado y mantenido por un no lingüista debe hacernos pensar. Es posible que muchos de nosotros ante este hecho pensemos que no estamos para esto, que nuestros intereses científicos nada tiene que ver con todas estas cuestiones prácticas, que nuestros proyectos de investigación deben orientarse de nuevo hacia los orígenes del lenguaje, la ecología lingüística, y cuestiones más o menos novedosas. Y en cierto sentido esto parece legítimo, justificado e incluso loable. Vemos en nuestras aulas de las titulaciones de humanidades la paupérrima competencia lingüística de nuestros alumnos, hacemos chistes de la todavía menor competencia lingüística de universitarios de otras titulaciones (profesores y alumnos), y ante todo esto nuestra reflexión no pasa de la simple charla irónica de café. Nosotros tenemos otros intereses, y ni siquiera en el ámbito abierto de la Lingüística Aplicada es frecuente encontrar espacios que hagan pensar que la formación de la competencia lingüística de los ciudadanos en general, de la manera que fuera, forma parte de los intereses de los “lingüistas aplicados”. El profesor A. López se hacía eco hace poco de la situación social de los lingüistas en un lúcido artículo, como son todos los suyos, publicado en *Hispanic Issues Online* hace unos meses, y del que entresacamos las siguientes palabras:

Como todos los humanistas, hemos renunciado a nuestras tribunas públicas (o las hemos perdido, tanto da) y nos vamos conformando poco a poco con la enseñanza, cuanto más pedagógica mejor. Nuestros maestros, los Lapesa, Alvar, Lázaro o Alarcos, escribían frecuentemente en los periódicos y no sólo sobre barbarismo u ortografía, sino sobre casi todo lo divino y lo humano, pues la lengua llega a todos los rincones de la vida social. Nada queda de todo esto. Nosotros somos de otra casta, casi de otra especie. Nos consolamos diciendo que ellos eran antiguos y nosotros modernos. Fútil consuelo, la verdad. Porque por supuesto que uno debe adaptarse a las circunstancias y que lo razonable en estos tiempos sería tener un blog más que una columna periodística. Pero el hecho es que no solemos tener ni lo uno ni lo otro. Probablemente lo que ocurre es que no los echamos en falta porque nos hemos vuelto “científicos”. (A. López García: “Sobre las zozobras de la lingüística en España”, 2007 *Hispanic Issues Online*, pp. 161-168)

Pocos comentarios son necesarios ante tanta clarividencia y sincera autocrítica. Aleccionador debe resultarnos que sean otros intelectuales procedentes de ámbitos alejados al nuestro quienes se muestren especialmente sensibles a la competencia lingüística de los ciudadanos y se ponga manos a la obra con sobrada competencia para la cuestión. Quizás nos atrevamos y debamos emitir toda clase de juicios valorativos sobre este modo de hacer lingüística aplicada de Amando de Miguel, y será bueno hacerlo; pero *ad intra*, como decimos, no deja de ser una gran lección para los lingüistas.